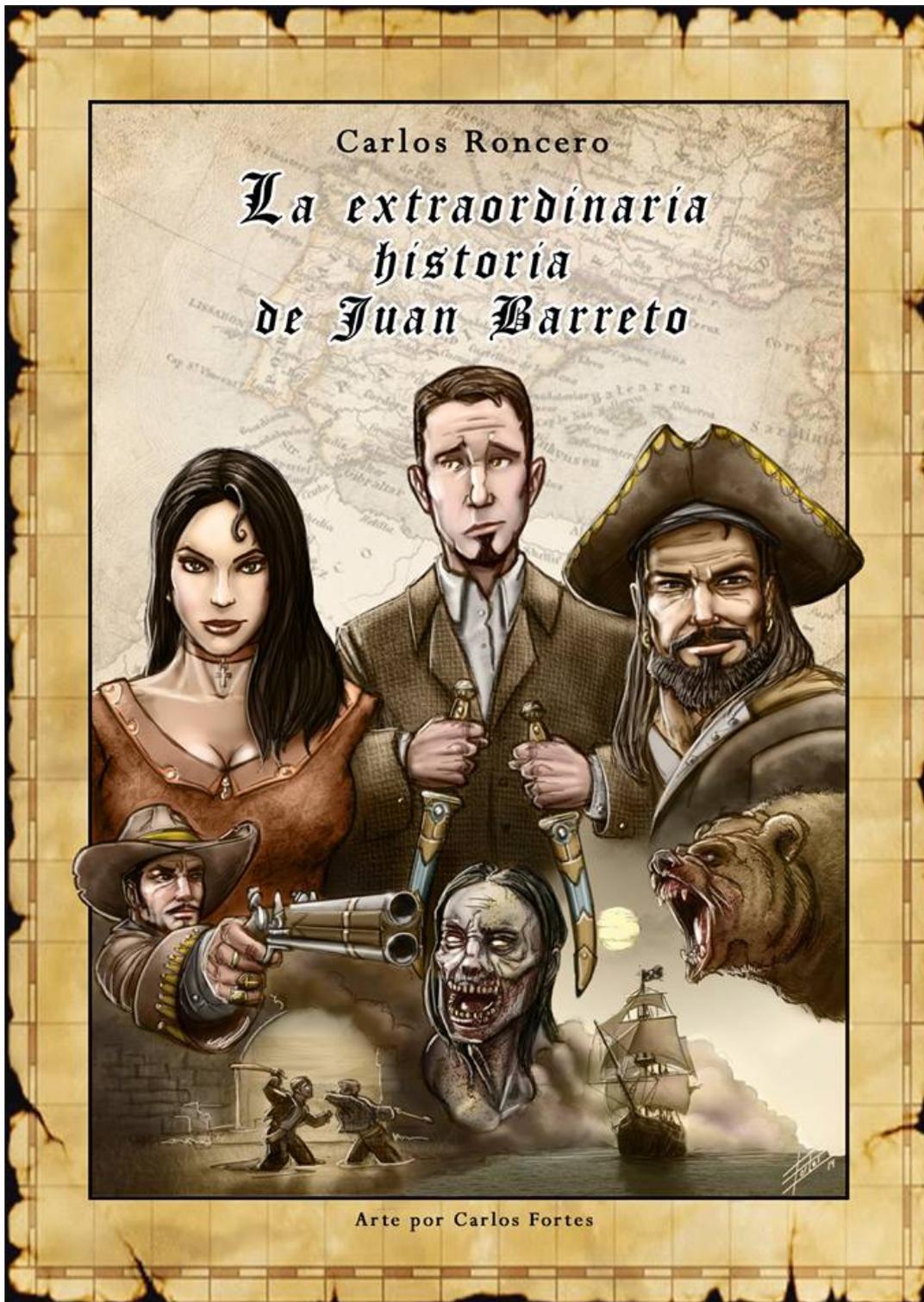


# La extraordinaria historia de Juan Barreto 37 y 38

Carlos Roncero



## Capítulo 1

37

La tarde acariciaba la vegetación simétrica del lugar. Al salir del edificio maestro y militar respiraron como si hiciera décadas que no lo hacían.

- Hay que reconocer que estos Borbones saben vivir bien, ¿eh, maestro? Venga, estiremos un poco las piernas.

Ambos pasearon en silencio por los jardines disfrutando de cuanto se presentaba a su vista. De pronto, Cardosa se detuvo en seco y agarró del brazo a Juan Barreto para que le imitara. Le señaló entonces con la cabeza hacia delante. No muy lejos, en la confluencia con el frondoso bosque que albergaba al palacio, Rocío recogía unas flores con la probable intención de confeccionar un ramo. Su perfil recortado entre los serrallos, su sonrisa ante el olor de cada flor representaba para cualquier observador el hallazgo fortuito del sentido de la vida.

- ¿No es hermosa?- preguntó retóricamente Cardosa.

La respuesta era tan obvia que Juan Barreto permaneció en silencio observando el hechizo que se había apoderado del militar contemplando a la joven andaluza. Comprendió entonces que el enamoramiento de Cardosa era sincero, pues esos ojos solo podían destilar franqueza.

- ¿Queréis dejar de mirarme?- se quejó el capitán en voz baja y sin dejar de mirar a su amante. Juan Barreto carraspeó avergonzado mientras desviaba la vista. Rocío se incorporó para descansar y respirar mirando al cielo. Fue entonces cuando su mirada cayó sobre los dos espectadores. Una gran sonrisa apareció en su rostro, tiró las flores y corrió hacia ellos.

- Por fin, por fin, por fin- gritaba jadeando por la carrera. Al llegar se arrojó a los brazos del militar y lo besó en la boca intensamente. Cardosa no tardó en unirse a semejante efusividad, provocando que el maestro desviara la vista incómodo, pero feliz.

- Venid acá- le indicó Rocío mostrándole su brazo. Juan Barreto se acercó con timidez hasta que la andaluza le agarró del cuello y lo atrajo hacia ella generando un abrazo sincero entre los tres. Empezaron a reír espontáneamente, con la extraña certeza de que no se repetiría una oportunidad como aquella para disfrutar de su amistad. Las risas

aumentaban sin remedio como si quisieran con ellas invadir el firmamento; luego, exhaustos por el esfuerzo, se dejaron caer sobre el césped.

Juan Barreto pensaba que dios le apretaba pero que, después de todo, no terminaba de ahogarle. Los días transcurridos en el palacio de Segovia pasaron a ser los más felices de su vida. Las noticias del rey tardaban en llegar, de modo que se dedicaron a disfrutar al máximo el tiempo que les quedaba para cumplir su estipulado servicio a la corona. El maestro tuvo tiempo hasta de tomar unas primeras lecciones de esgrima, comprobando que Cardosa era un profesor con muy poca paciencia. La biblioteca del palacio le sobrecogió, pasando la mayor parte del tiempo entre sus libros, ora sentado, ora de pie junto a la ventana. Desde ahí podía observar a sus dos amigos correteando por el jardín, ejecutando improvisados pasos de baile, riendo y besándose sin reparo.

A veces se sorprendía pensando en las palabras del capitán. ¿Sería verdad que después de una dicha prolongada el destino te castiga con un golpe contundente? Él solo podía recordar desgracias a lo largo de su vida, salpicada de algunos momentos escasos, de alegría. Por ello, la dicha vivida esos días en el palacio era tal que le empujaba a sospechar la llegada de una inminente tragedia. Luego, se encogía de hombros y continuaba disfrutando de la lectura junto a la ventana.

Para sorpresa de todos, Goya se instaló con ellos hasta terminar el retrato de Rocío. Juan Barreto observó que el pintor se mostraba distante con la andaluza, cancelando de sus ojos la chispa del primer día. El maestro lo atribuyó al hecho de que el artista hubiera conocido el encuentro de Rocío con el hijo del gobernador de Toledo. En cualquier caso, Rocío posó siempre con su vanidad innata, sonriendo a la vida, más que al heredero de un imperio del tabaco.

Jovellanos les honró con su visita en más de una ocasión, dando largos paseos con el maestro. Encontraba el ilustrado gran satisfacción al poder compartir sus ideas con alguien ajeno a su círculo.

-Pues no sabéis los obstáculos que encuentro cada vez que propongo una reforma- le confesó en soledad. Mucho había pensado desde su último encuentro en su conversación sobre las expropiaciones a los nobles.

- ¿Y se lo habéis dado a conocer al rey?

Don Gaspar suspiró con cansado desencanto.

- En eso estamos, Juan Barreto, en eso estamos. El monarca en persona me encomendó el informe; aquí, entre nosotros, él no emprende nada sin un informe delante, y que conste que no me parece mal, nada

mal; pero esto en lo que insistís tan fervientemente es un paso que nunca hemos dado, mi buen amigo.

- Creedme que es necesario. Os puedo asegurar que se evitarían muchos males futuros en el país.

- Y surgirían males nuevos, ¿no lo habéis pensado así?

- ¿Cuáles?, no se me ocurre ninguno.

- Pues que, de algún modo, la gente acabe acaparando tierras de nuevo. ¿De verdad pensáis que las diferencias sociales pueden desaparecer? ¿No estáis conmigo en que, en el fondo, son necesarias, que mantienen un equilibrio?

- ¿Qué equilibrio, don Gaspar? Os aseguro que en mi pueblo no hay ningún equilibrio. Miradlo de este modo, si me permitís.

- Adelante.

- ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar el pueblo de cualquier nación bajo estas circunstancias? ¿Cuántos siglos son, dos, tres, los que en La España unos pocos detentan la mayor parte de las tierras?

Don Gaspar meditó las palabras del maestro desviando la vista hacia el perfil del palacio recortado por el atardecer.

- ¿Me estáis sugiriendo, por caso, que en una situación como la actual prolongada en el tiempo, más temprano que tarde el pueblo se levantaría en una especie de revolución?- no le dejó responder-.  
Interesante planteamiento. Por lo tanto, si no aplicamos el remedio del que estamos hablando, la enfermedad sería mucho peor de lo temido- volvió a desviar la vista, esta vez contrariado-, pero es mucho poder el de los nobles, Juan Barreto, no os podéis imaginar cuánto. El rey nunca emprendería algo así. No olvidéis que él mismo es un noble.

-En mi opinión, los beneficios serían mucho más grandes y duraderos que los inconvenientes que la nobleza pudiera presentar.

Dialogaban por las tardes, durante horas, empezando a nacer entre ellos una profunda estima. En presencia del ilustrado, Juan Barreto se sentía mucho más útil que delante de sus alumnos. Era una sensación extraña que nunca antes había experimentado, la de la utilidad profunda y veraz. Al darle sus opiniones sobre la situación del país, el maestro creía estar haciendo un bien al porvenir de la nación, aunque nunca se atreviera a confesarle tal sentimiento.

Por las mañanas las tertulias eran con Goya. Así como cuando conoció a Rocío, el pintor le había rogado que esperara fuera del estudio, ahora le insistía encarecidamente que permaneciera con él mientras la andaluza estuviera cerca.

- No os reconozco, Francisco- se quejaba Rocío con su habitual gracia- ¿dónde está vuestro ánimo y ese espíritu libre del que disfruté cuando os conocí?

Cada modelo que vestía hacía de su sensualidad un arma de la que difícilmente nadie podía defenderse. Juan Barreto estaba seguro de que la joven se alborozaba con aquel tipo de preguntas que, por otro lado, nunca hacía en presencia de Cardosa.

- ¿Tiene acaso que ver con algún tipo de hecho escandaloso que hayáis conocido de mí?- continuaba manteniendo la sonrisa de su pose.

- Ciertamente, mi bella dama, no sé a qué os referís; yo soy un artista, y me limito a hacer mi trabajo lo mejor que puedo- contestó con evidentes signos de incomodo en su voz.

- Vamos, vamos, Francisco, que desde que habéis llegado me miráis como si fuera una bruja.

El pintor dejó su pincel a medio camino del lienzo cambiando su semblante.

- ¿Bruja?, yo no creo en brujas- repuso casi con desprecio, tras lo que Rocío dejó escapar una pequeña carcajada.

- Pues deberíais- le dijo con una mueca enigmática.

- Tonterías, ese tipo de creencias es lo que mantiene a este pueblo hundido en la ignorancia.

- De ignorancia nada; aquí nuestro maestro os puede hablar largo y tendido de las brujas y sus efectos, ¿no es cierto, Juan Barreto?- le preguntó disfrutando con la expresión de turbación que mostró el maestro en cuanto se vio inmerso en la conversación. Goya le interrogó con la mirada, a lo que Juan Barreto desvió la mirada cohibido. El artista vio en esa evasiva motivo suficiente para insistir en que le contara su historia. Antes de que el pintor llegara a la súplica Juan Barreto accedió, sucediendo algo que le estremeció sobremanera.

Relató, pues, sus andanzas con la andaluza en la morada ruinosa de la vieja noctámbula, añadiendo su lucha a garrotazos con el criado del escribano. Quedó sumamente afectado pues esto último jamás había salido de su boca; incluso Rocío sucumbió al dramatismo de la historia.

Sin embargo, lo que más conmovió al maestro, lo que agitó su alma fue percatarse de que su relato había sido la exacta narración de tres cuadros de Goya que había visto en el museo del Prado cuando cursaba sus estudios de magisterio. Fue una sacudida extrema la que se desarrolló en su pensamiento pues, a partir de entonces, no dejó de plantearse si su explicación no sería la inspiración futura para que el artista realizara esos lienzos. Fue plenamente consciente de que las posibilidades de influir en la obra del artista eran tan reales que creyó estar sufriendo un ataque de vértigo.

- ¿Os encontráis bien?- preguntó Goya dejando su pincel a un lado para acercarse al maestro-, de repente os habéis tornado pálido como la luna.

- Como para no tornarse- comentó Rocío, que con las palabras del maestro había revivido la parte de la historia que le había correspondido protagonizar.

- Será mejor que descansemos; bebamos algo de vino- propuso cogiendo del brazo a Juan Barreto para salir con él de la habitación. Rocío quedó perpleja ante la soledad en la que le habían dejado los dos hombres.

Largo fue el paseo que pintor y maestro dieron por los jardines del palacio, insistiendo el artista una y otra vez a Juan Barreto para que le permitiera retratarle. Ante semejante propuesta, el almeriense cayó en otro vértigo aún mayor: formar parte, él mismo, de la obra del insigne aragonés.

- Volvéis a palidecer- le comentó preocupado-¿queréis más vino?

38

Los días se sucedían dulcemente, como si el paso del tiempo no fuera con ellos. Incluso Cardosa había relajado sus facciones; sin poder afirmar su dicha, se atrevía a calificar de alegre el estado del militar. Pensó en su trágica historia y no pudo menos que admirar su entereza, aunque en el fondo supiera que el odio le había ido corroyendo los huesos sin descanso. Rocío se mostró todo esos días tan accesible y cariñosa que no era extraño ver al oficial sonreír e incluso reír. Sí, en lo último en que pensaron esas jornadas los tres inquilinos del palacio era en el servicio

que, a cambio de su libertad, debían prestar a la corona.

Como se ha dicho, gustaba Juan Barreto de leer junto a una de las ventanas de la biblioteca. Esa mañana no leía; su felicidad era tal que le impedía concentrarse en la lectura. Apoyaba la cabeza en el cristal y perdía la mirada en el jardín, justo donde empezaba la pequeña arboleda que limitaba los terrenos de la residencia. Mezclaba la felicidad con la melancolía, pues irremediablemente su madre y su hermana pequeña se le aparecían deseando con todo su corazón que pudieran estar con él en aquel momento. Qué caprichoso es el destino cuando insiste en separarnos a toda costa de nuestros seres queridos. A veces su enseñamiento es tal que suena a venganza. Recreaba el maestro en su cabeza el deseo imposible de reunirse con su familia cuando sus pupilas, ellas solas, definieron con claridad el paisaje de la arboleda.

En cuanto fue capaz de asimilar lo que sus ojos trataban de mostrarle, separó con brusquedad la cabeza del cristal. ¿Era cierto lo que estaba viendo? Se restregó los ojos, no fuera que su vista le estuviera engañando y volvió a mirar. No, era cierto; no había sido un espejismo. Un hombre con capa y sombrero largo observaba el palacio parapetado en uno de los árboles. Juan Barreto sintió que su corazón se aceleraba. Sus manos temblaron hasta hacerle caer el libro. Les habían encontrado. Sin duda debían tratarse de los mismos hombres pues vestían de igual modo. Un pensamiento fugaz le cruzó la mente al maestro y echó a correr.

Cada vez que se cruzaba con alguien de la servidumbre por el pasillo, aminoraba el paso hasta convertir su carrera en una marcha forzada. Nada más darles la espalda reanudaba la carrera procurando que sus pisadas fueran tan gráciles como las de una bailarina. Lo mismo hizo al atravesar el salón en el que Goya retrataba a Rocío. Tan concentrado estaba en su objetivo que el maestro no escuchó la observación que le hiciera la bella dama al ver correr al maestro. Por fin entró en la estancia deseada. Corrió hacia la mesa y cogió el catalejo que sobre ella descansaba. Lo abrió con premura y se acercó a la ventana. Con el instrumento posado en su ojo buscó desesperado al espía junto al árbol. Nada. Movié y movió el catalejo sin éxito. Pocas veces se había sentido tan frustrado, y tan nervioso. Se disponía a volver a buscar cuando sintió una opresión fuerte en la nuca. Una mano se había aferrado a ella y lo arrastraba hasta la pared impidiéndole mirar hacia atrás.

- No quiero que hagáis ni un movimiento, Juan Barreto.

Quien quiera que fuera su opresor, le conocía o, al menos, conocía su nombre.

- Es muy importante que no habléis.

La voz era poderosa, profunda y carrasposa; el maestro tenía la certeza de haberla oído antes.

- Es absolutamente necesario que no gritéis. Debéis prometérmelo.

Esa voz...Juan Barreto sufría más por no poder identificarla que por la presión que se ejercía en su cogote.

- No tengo intención alguna de haceros daño. Sería del todo deshonoroso para mí hacer daño a quien con gran arrojo salvara mi vida.

Juan Barreto sintió que la presión desaparecía. Ya no tuvo duda sobre el propietario de aquella voz.

- Podéis volveros, pero, he de insistir, no gritéis.

Juan Barreto giró lentamente su cuerpo sabiendo a quién iba a encontrar. Sin embargo, quedó atónito al descubrir la realidad.

- ¿A que me imaginabais con barba?- preguntó el pirata don Diego Quintana y Salazar con una gran sonrisa. El maestro era incapaz de hablar- Pero decid algo, demonios, ¿no os alegráis de verme?

- Pero, pero- empezó a balbucear-, vos sois don Alfonso.

- Y don Diego también- festejó en voz baja-. El imaginario es don Alfonso, mi hermano, aunque ya a estas alturas no estoy seguro- y rió procurando no ser escandaloso.

- Pero, pero...

Eso era lo único que era capaz de pronunciar el maestro. Don Diego vestía con el lujo y el estilo amanerado de su falso hermano.

- El truco está en la barba y los cabellos enmarañados- le explicó comprendiendo la estupefacción de su amigo-. Imaginadme con ambos y todo se arregla.

- Eso hice la primera vez que os vi; quiero decir, cuando vi a vuestro hermano, pero es que resulta asombroso.

- ¿A que sí?- dijo con orgullo-. Eso sí, el lunar es real. Mi buen maestro- y le estrechó los hombros con las manos-. Cuánto me alegro de que estéis vivo, de que estéis aquí, conmigo; bueno, con don Alfonso.

- Pero, pero...

Don Diego volvió a reír.

- Vamos, vamos, Juan Barreto, recomponeros, que no estáis viendo a un fantasma. El secreto está en la interpretación- y adoptó una pose típica de don Alfonso-. ¿No lo creéis así?- preguntó con la voz sensible y afectada del hermano imaginario.

- Asombroso- exclamó sincero el maestro.

- Todo esto es obra de mi buen amigo Crispín. Vos lo conocisteis en el teatro. Es el más grande entre los grandes. Ha sido capaz de convertirme en lo que veis sin que nadie sospeche lo más mínimo, ¿no es para desternillarse? Todos creen en la existencia de mi hermano; es más, le respetan, diría incluso que le aprecian. Ya habéis visto cómo me trata el rey; el rey, Juan Barreto, el rey- y rió-. Ese Borbón no se entera de nada. Bueno, para descargo suyo, nadie se entera de nada. Voy y vengo como me place. Cuando se me agotan las riquezas, regreso a mi escondite de Cádiz, me dejo crecer la barba y don Diego el pirata reaparece dispuesto a saquear cuantos navíos encuentre; cuando mis arcas están llenas, me afeito y regreso a Madrid como don Alfonso- y volvió a posar con amaneramiento.

- Pero no entiendo por qué me confesáis algo así.

- ¿Ah no?- sonrió con afecto- ¿Acaso habéis olvidado que me salvasteis la vida? ¿No sabéis que desde ese momento contraí una deuda con vos que he de cumplir como si vos fuerais mi hermano? No don Alfonso, otro hermano. ¿No comprendéis que estamos unidos, mi buen maestro? ¿Qué ocurre?, ¿acaso dudáis de mi palabra?- preguntó al ver la desconfianza en el rostro de Juan Barreto- Ah, ya entiendo- y sonrió satisfecho con su descubrimiento-, sin duda cuestionáis mis palabras porque os abandoné en aquella apestosa prisión del puerto de Cádiz.

En efecto, era eso exactamente lo que estaba pensando el maestro.

- Tenéis razón, tenéis mucha razón- prosiguió el pirata sincero-, pero todo tiene su explicación, y es justo ahora el momento adecuado para dáosla. Os abandoné para protegeros. Vamos, Juan Barreto, la duda vuelve a aparecer en vuestro rostro. No seáis injusto con este pobre hombre de mar y escuchadme primero antes de juzgarme; y podéis dejar ya eso- dijo refiriéndose al catalejo-, el hombre al que buscabais ya no está ahí.

- ¿Sabéis quién es?- preguntó alarmado el maestro.

- Claro, pero os la explicaré más tarde. Dejadme primero contaros mi historia. Os prometo que no os defraudaré.

Don Diego retrocedió unos pasos buscando mayor comodidad para su narración. Aunque algo de escepticismo asomaba en su rostro, Juan Barreto no podía menos que continuar admirando la magnética personalidad del pirata.

- Bien- empezó tras aclararse la voz-, como recordaréis, os dejé en la cárcel del puerto de Cádiz. A simple vista, estoy de acuerdo con vos, pareció un vil abandono por mi parte, pero comprendedlo, a mi lado hubierais sido una carga y no consideré justo que os relacionaran conmigo en el caso de que nos capturaran. Mi principal cometido en aquel momento era seguir la pista de mis dagas. Seguro que os acordáis de aquellos dos hermosos cuchillos que me robó el almirante en la Santísima Trinidad. En esas dos pequeñas joyas está el secreto de mi tesoro, pues son la llave que accede a mis riquezas. Esas armas fueron un obsequio de un sabio egipcio por haberle recuperado una especie de ratón; sí, como oís. No los robé, os lo juro; es, probablemente, lo único que no he robado en mi vida.

“Los cuchillos sirven para acceder a mi tesoro, que, como bien intuís, está en la playa donde nos conocimos. Sin ellos ni siquiera yo puedo entrar a la guarida; sin embargo, tienen sobre sí un encantamiento. Sí, no me miréis así. Están embrujados. No os debería sorprender algo así en el país de las supercherías. Aquellas personas que osen arrebatármelos sufren una poderosa maldición, pues aflora en ella sus sentimientos más profundos; las ansias de realizar aquello que el pudor o la decencia les impide. Os preguntaréis qué clase de maldad es esa y qué daño puede hacer; pues mucho, os lo aseguro. ¿Sabéis qué miserias sacó de su alma ese maldito almirante en cuanto tomó ilícita posesión de mis dagas? ¿No tenéis curiosidad en saber en lo que se convirtió?”

Tal era el énfasis que empleaba el pirata en su relato que Juan Barreto escuchaba obnubilado. Sin decir palabra, asintió con la cabeza.

- En un asesino. Como oís, en un miserable asesino. Y mirad que se lo advertí. Ya incluso estando nosotros encerrados en las pulcras bodegas del barco cometió su primer crimen quitándole la vida al más joven de sus hombres. Desde Cádiz no me resultó difícil seguir su pista pues el reguero de sangre que dejaba tras sus pies lo delataba. Aún así me costó lo mío encontrarle, pero llegué tarde. En Valencia las autoridades le habían prendido y condenado a muerte por el asesinato de no sé cuántas jovencitas. Un desastre.

- ¿Y los cuchillos?- preguntó absorto el maestro

- ¿No lo imagináis? En manos del gobernador de la región. Ah-exclamó jovial-, veo en vuestros ojos que os morís de ganas por saber en qué le convirtieron las dagas embrujadas. Pues os lo creáis o no, el gobernador empezó a vestirse de mujer, así como os lo cuento, que me parta un rayo si no es cierto. Pero no es que lo disimulara, no; vestía alegremente como la dama mejor ataviada del reino recibiendo en audiencias o acudiendo a misa. Un comportamiento tan pecaminoso no pasó inadvertido y, a instancias del obispo, el gobernador fue recluido en un manicomio. Obviamente, los cuchillos le fueron retirados y, ahí está el desgraciado gobernador preguntando a todo el mundo qué demonios ha hecho para estar recluido entre locos; porque si una cosa tiene el maleficio es que, en cuanto las dagas cambian de manos, el anterior dueño recupera el recato y guarda de inmediato sus más recónditos instintos sin recordar apenas lo hecho. ¿No es genial?- Y rió.

- ¿Y los cuchillos a qué manos pasaron?

- Por dios y por la virgen, Juan Barreto, me decepciona vuestra falta de perspicacia.

- ¿En el obispo que le denunció?

- ¡Bravo!- gritó para bajar de inmediato el tono de su voz- Así es, en el mismísimo obispo. Vamos, reconocedlo, os desvivís por saber qué instinto se despertó en su interior.

El maestro volvió a asentir.

- Pues parece ser que empezaron a desaparecer misteriosamente algunas de las joyas, reliquias y obras de arte de la catedral. ¿Os orienta eso un poco?

- ¿Se convirtió en un ladrón?

- No es que se convirtieran en un ladrón, un asesino, un afeminado...es que ya lo eran, solo que lo ocultaban, lo reprimían en su interior, ¿no es fantástico este encantamiento?

- ¿Y en qué os convierte a vos?

El pirata abrió la boca felizmente sorprendido.

- Ah, buena pregunta, sí señor. Sois muy despierto, después de todo. A mí no me convierte en nada; eso es lo mejor. ¿No veis que soy su legítimo propietario? Con semejantes comportamientos no me fue muy difícil seguirle la pista a mis dos pequeñas joyas; lo complicado era

acceder a ellas- protestó cruzándose de brazos para enfatizar su malestar-. Al obispo lo descubrieron, era de esperar. El escándalo fue de proporciones colosales, podéis creerlo.

- ¿Y los cuchillos?

- Tened paciencia, buen maestro, tened paciencia- don Diego se tomó su tiempo para continuar-. No es fácil pues el relato es largo- Juan Barreto empezó a pensar en la falsedad de toda esa historia, pues don Diego parecía estar buscando inspiración en lo más profundo de su imaginero- Se armó una trifulca importante entre las autoridades eclesiásticas y el monarca, pues era él quien decía tener el derecho de juzgar al obispo y la iglesia no le reconocía tal derecho. Sin embargo, y aún en el recuerdo la expulsión de los jesuitas, el rey quiso mostrarse enérgico con los obispos amenazándoles con no se qué expropiaciones. Pronto se plegó el clero a sus exigencias, a lo que el rey, siguiendo su habitual estrategia, se mostró clemente y permitió a los obispos que juzgaran al reo. Los obispos para mostrar su gratitud, decidieron enviarle un presente y he aquí que encontraron el regalo perfecto en mis dos hermosos cuchillos al confiscarle los bienes al otrora obispo. ¿Me seguís? Bien.

“Encargaron el transporte de las dagas a un pobre funcionario judicial, quien los llevó encima hasta llegar a Madrid. Me hubiera sido fácil arrebatárselos, pero, por alguna razón, fue precavido rodeándose siempre de gente. Comprended que yo en estos momentos carezco de tripulación; soy un pirata solitario, si es que esto es posible. Soy diestro con la espada, pero ante una multitud ¿qué puedo hacer?

- ¿Y en qué se convirtió el funcionario?

Don Diego se movía aún en la añoranza de una tripulación de fiar.

- ¿Qué?

- La maldición de los cuchillos.

- Ah, otra virtud que tiene ese encantamiento es que a las personas honestas les desata algún sentimiento honesto que, por vergüenza o un exceso de, precisamente eso, de humildad, no han podido o atrevido a desarrollar. El funcionario era honesto, ¿lo podéis creer?- preguntó riendo con fastidio-, convirtiéndose la criatura en un inspirado poeta- y su expresión cambió al aborrecimiento-. Estuvo todo el camino a Madrid componiendo poemas y debían ser buenos a tenor de los aplausos de sus acompañantes. Cuando llegó a la villa tuve que abandonar a don Diego y transformarme en mi hermano don Alfonso, confiado en la buena estrella que siempre he tenido con el monarca.

Cuando llegué a palacio, ¿sabéis con lo que me encontré?

“- Ved qué hermosos cuchillos me han traído como presentes desde Valencia”-fue lo primero que me dijo Carlos III cuando entré en el salón de audiencias. Había llegado tarde; maldije no haber podido evitar que cayeran en sus manos. Veréis, a pesar de toda esta farsa de don Alfonso- y se señaló a sí mismo con exagerada cortesía-, le tengo estima al monarca. Le miré fijamente a los ojos, buscando algún atisbo del hechizo en su persona, pero nada hallé. Me pareció extraño pues el encantamiento no hace excepciones. En algo le debe de estar afectando, pero lo desconozco- y se encogió de hombros.

- “¡Majestad!-le dije-“Pero qué ven mis ojos. ¡Loado sea Jesucristo nuestro señor!”

- “Don Alfonso, buen amigo, dime cuál es el motivo por el que tanto te alborotas”- me dijo con su habitual serenidad.

- “Majestad, esos son los cuchillos de mi hermano”- le expliqué llevándome las manos a la cara para remarcar mi escándalo y sorpresa.

- “¿Estáis seguro de ello?”

- “Los reconocería con los ojos cerrados”

El rey jugueteó con los cuchillos unos segundos, mientras yo me encendía por no poder hallar en él ningún efecto del embrujo.

-“Son en verdad hermosos”-dijo al fin-“seguramente los habrá robado”

- Sentí rabia en aquel instante, Juan Barreto, porque, como ya os dije, aquellos artilugios son de mi legítima propiedad y me molestó horrores que me acusara de haberlos robado. Puse mi mejor cara y continué con la conversación.

- “Pero Majestad”-exclamé-“No ha sido la bella Valencia quien os ha mandado este presente sino la providencia”

- “No te entiendo, explícate, te lo ruego”

- “Es bien sencillo, majestad, enseguida lo entenderéis y compartiréis mi dicha. Tengo entendido que mi hermano no es nada sin estos cuchillos”- ay, Juan Barreto, a punto estuve de arrebatárselos de las manos. Mis dedos se movían impacientes por tocarlos, pero, gracias a dios, pude contenerme- “Sabéis que el muy canalla siempre me escribe cada vez que comete una de sus fechorías; pues bien, en una de sus misivas, recuerdo perfectamente que me nombró esos cuchillos como la

clave para acceder a su tesoro, que, como bien sabéis, es, hoy en día, el escondite más buscado de todo el reino”

- “No exageres, Alfonso”- se atrevió a decirme el rey- “tampoco es que sea el más buscado. Sí que es verdad que a la corona le gustaría recuperar lo que es suyo”

- Y justo en ese instante nos enteramos de vuestra detención en la capital, Juan Barreto- puntualizó lleno de jovialidad.

- No lo entiendo.

- Pues claro que no lo entendéis, pero yo os lo explico. Llegasteis como agua de mayo pues portabais con vos la cartera del escribano. ¿Lo entendéis ahora?

- Pues no.

- Es mi obra maestra. Aún sin haber salido de Cádiz, tuve la precaución de elaborar un segundo plan para recuperar mis cuchillos sin saber demasiado bien a qué me conduciría. Le hice llegar al escribano don Rodolfo, que conocisteis en vuestro trágico viaje, un anónimo advirtiéndole sobre la importancia de los cuchillos para el pirata más buscado del reino, es decir, para mí. Ah, grande es la codicia de los escribanos, creedme y pronto salió nuestro Rodolfo de camino a la capital para informar al rey en persona. La providencia quiso que os cruzarais con él y acabarais siendo vos el portador de tales novedades, sirviéndome a mí para improvisar un nuevo plan magistral.

- “Pues precisamente por eso. Estos cuchillos lograrán que lo recupere y , de paso, apresar a ese ladrón deshonor de mi familia”- continuó don Diego con el timbre afeminado de don Alfonso.

- “¿Cómo es ello posible? Seguimos sin conocer el lugar del escondite”

- “Si me permitís la sugerencia, majestad, pregonad a los cuatro vientos que daréis una recepción para mostrar los magníficos cuchillos procedentes de Egipto. Os aseguro que llegará a los oídos de mi hermano y vendrá, vaya que vendrá. Se amparará en que solo yo conozco su rostro para pasar inadvertido”

- ¿Y accedió?- preguntó Juan Barreto

- Pues sí- contestó el pirata abandonando la pose y el tono afeminado usado para crear a don Alfonso-. Eso es lo extraño. Puedo jactarme de conocer bien al monarca y os aseguro que tiene como hábito reflexionar mucho sus decisiones; es muy metódico, hasta el punto de

exasperar a sus secretarios, pero, para mi sorpresa, no solo accedió sino que me felicitó por mi idea. Y ahí es exactamente donde entráis vos, la bella Rocío y ese amargado de Cardosa.

- No entiendo.

- Pues es bien sencillo. El servicio que prestaréis al monarca y que lleváis esperando en este hermoso palacio consiste en ser el cebo para atrapar a don Diego.

- Pero si don Diego sois vos.

- Pero el monarca no lo sabe- y mostró una enorme sonrisa.

La incompreensión aumentaba en el rostro del maestro.

- Pero vos seréis don Alfonso en esa recepción.

- Ah, mi buen amigo, veo que empezáis a inquietaros. Os sacaré de vuestra ignorancia, pero antes debo advertiros de algo realmente serio- el pirata acercó su rostro al del maestro avisando así de la gravedad del asunto-. Os siguen.

El maestro se acercó hasta la ventana buscando al hombre que viera en la arboleda.

- ¿Os referís a...?¿Quién puede ser?, ¿y qué quiere?

- ¿No os lo imagináis? Son los hombres de mi antigua tripulación. Esos malditos bastardos, con Carrasco a la cabeza, os siguen a vos.

- ¿Por qué?, ¿qué tengo que ver yo con ellos?- preguntó nervioso.

- ¿No lo recordáis? Están convencidos de que conocéis el paradero de mi tesoro. Esperan algún desliz para poder raptaros y torturaros hasta que me traicionéis.

- Pero si es que no sé dónde está vuestro tesoro- protestó cercano a la desesperación.

- Entonces sospecho que la tortura será bastante larga- el pirata se encogió de hombros- Pero no os preocupéis, procurad no quedaros solo, buscad siempre la compañía de Cardosa; intuyo que esos cobardes no se atreverán a atacaros con él presente.

- ¿Y por qué no os siguen a vos?

- Pues porque aun no me han localizado. Pero no os creáis, que a alguno de ellos he visto merodeando en las posesiones de mi hermano aquí en Madrid. Ahora, escuchad bien, os explicaré lo que el rey quiere de vos en esa fiesta pues para eso me ha enviado hoy aquí.

- Sí, pero antes decidme vuestras intenciones con Rocío.

- ¿Mis intenciones?- preguntó asombrado- Juan Barreto, Rocío es una auténtica leona, como ya habréis tenido oportunidad de comprobar, y yo no guardo intenciones de ningún tipo con animales tan salvajes. Entendedme bien, es un encanto de mujer, una princesa; congeniamos desde que la vi perdida en las calles de Cádiz, convirtiéndome en, digamos, una especie de protector, cargo que, tengo entendido, habéis usurpado, ¿eh, pillastre?- y sonrió con socarronería-. Ahora no me interrumpáis y escuchad atentamente los planes del rey para la gran fiesta de los cuchillos.